

ENSOR-POSADA: DOS EXPRESIONISMOS DE FINES DEL SIGLO XIX

Jesús González Aguilar

Hace ya un lustro que, con motivo del XXVIII Festival Internacional Cervantino, se llevó a cabo en el Museo del Pueblo de la ciudad de Guanajuato la exposición titulada: "Ensor-Posada. Una muestra comparativa, gráfica de James Ensor y José Guadalupe Posada. Bélgica-México". La muestra estuvo compuesta por 34 zincografías de Posada y 53 aguafuertes de Ensor, todas ellas en pequeño formato.

James Ensor fue un artista por demás peculiar, nace en 1860 en la ciudad de Ostende, Bélgica, donde pasó casi toda su vida. Tiene una niñez atormentada que sin duda repercutió en sus estados depresivos, ya adulto. Sus padres atendían una tienda de disfraces y objetos de carnaval; abanicos, muñecos, gorros y máscaras, que más tarde aparecerán de manera constante en sus cuadros. Una buena parte de su obra pictórica está formada por escenas carnavalescas donde sus enmascarados personajes bailan, pululan y riñen, siendo ellos mismos espectadores de ese teatro festivo. Tanto su pintura como su obra gráfica se salen de los esquemas academicistas. Ensor ha sido asimilado con frecuencia por la crítica al Expresionismo Alemán, pero lo cierto es que influyó a algunos artistas alemanes como Nolde o Heckel.

José Guadalupe Posada nació el año de 1852 en la ciudad de Aguascalientes, México. Dibujante y grabador autodidacta, se traslada a la capital del país y en 1887 comienza a trabajar en el taller del impresor don Antonio Vanegas Arroyo, a unos pasos de la Plaza de la Constitución, en la calle de Santa Teresa, hoy Guatemala, en donde solían vender ediciones populares a manera de cuadernillos: oraciones, cuentos, adivinanzas, canciones populares, muestras para bordar, recetas de



Grabado de José Guadalupe Posada.

cocina —que incluso eran preparadas por la esposa de don Antonio Vanegas—, cartas amorosas, los juegos de la oca, el coyote y la lotería, charros contrabandistas, comedias para títeres, versos para payaso, los corridos que devendrían legendarios y, desde luego, las famosísimas "calaveras". Éstas, nos dice Arsacio Vanegas, "...tienen su origen en los epitafios de Jorge Manrique en tiempos de la colonia. Posterior a esto murieron un poco, renaciendo con Ignacio Cumplido y Santiago Hernández, pero quien les dio más vida y fuerza fue don Antonio Vanegas, que junto con su equipo de trabajo donde se encontraba Posada, laboraron fielmente..."¹

Al comenzar el recorrido de la muestra, poco a poco nuestra mirada registra dos estilos diferentes: el del artista de Flandes es de un dibujo basado más en la línea que en el claroscuro o la mancha, de trazo muy suelto y



Grabado de José Guadalupe Posada en *Gaceta Callejera* de la imprenta de Vanegas Arroyo.

certero. Escoge para ello el aguafuerte, porque esa técnica del grabado le permite dibujar con fluidez, deslizando

¹Los sueños de un mexicano. Arsacio Vanegas Arroyo, catálogo de la Exposición-Homenaje de Octubre de 1980, Museo del Palacio de Bellas Artes, "José Guadalupe Posada".

la punta metálica sobre el barniz de la placa metálica. No le interesa emplear el recurso de la perspectiva o el escorzo de manera espectacular, preocupado siempre en concentrar su habilidad en el dibujo a base de línea, con algunas sombras, todo esto para acentuar el dramatismo deseado; su fuerza expresiva está en los rostros y cuerpos representados, su lenguaje es corporal y orgánico, a los vegetales les concede vida casi humana.

En cambio el estilo del mexicano, es de un dibujo sintético, que utiliza el claroscuro pero sobre todo, la síntesis caricatural, que puede tener influencia del arte prehispánico. Escoge la zincografía que es también grabado en metal. El trazo es florido, con formas redondas, se nutre del arte popular y la artesanía, pero no los copia.

Sin embargo, entre más escudriñan nuestros ojos esa doble lectura de imágenes, el paralelo es más evidente, no en las formas pero en el mensaje. Existe una sorprendente similitud en los temas abordados: festividades populares, siniestros, sátira del poder oficial, bacanales, aquelarres, brujerías o apariciones. Los dos artistas penetran en un mundo fantástico a partir de la realidad que les tocó vivir.

Cronistas, ambos, de su tiempo, solamente que su relato está impregnado del exquisito canto popular; exuberante y socarrón. No decidieron escoger las “buenas maneras”,



James Ensor: en Pierre, José. *Le Symbolisme*, Fernand Hazan editor, Paris, 1976.

pero sí supieron treparse hasta la nube más alta para desde allá recrear la magia de los sueños de feria. Siendo orfebres de la gráfica, sus lápices y gubias son juguetones, transgreden los límites de lo permitido... mentes jugadoras. ¡Se la supieron jugar! Y en esa suerte de ruleta, ¡echan su suerte! Perdieron el mejor lugar en el comedor de un rico magnate neoyorquino, perdieron el derecho a ser publicados en los mejores diarios o magazines, pero ganaron el placer de acariciar el gusto del pueblo.



James Ensor: en Pierre, José. *Le Symbolisme*, Fernand Hazan editor, Paris, 1976.

El universo de Ensor proviene de Titanes, Faunos urbanos y Uriones, pero también de la tradición celta encarnada en Ofelia o Tristán. Y el mundo de Posada emerge de Coatlicue, madre tierra, cavidad infinita, a partir de una visión cósmica del tiempo circular.

Compartieron la simpatía por la muerte. Y nos la presentan como un rostro más de nosotros mismos, ese que no podemos tocar pero lo sentimos, lo olfateamos. Para Ensor, “la calaca” no siempre está físicamente presente, pero sabemos que está allí, agazapada, enmascarada, detrás de los soldados, los aquelarres o cataclismos. En cambio, Posada nos la presta para que nos metamos dentro de ella, y al final no es ella sino el otro yo, ése que alguna vez fue o es medio “calavera”.

Estos dos artistas de genio incursionaron en la dimensión del tiempo, comprendiendo su tiempo. Tiempo de guerras en el cambio de siglo, tiempo de invenciones, de máquinas, de años locos que cambiarían el ritmo de la humanidad. Humanidad que aún vivía bajo el influjo de la Era Romántica y que gozaba y padecía de la Modernidad. Ensor y Posada fueron y son trágicamente modernos, sin cortapisas ni preámbulos entraron por la puerta de atrás y se instalaron en el mundo moderno. ■

Jesús González Aguilar (Ciudad de México). Arquitecto y artista plástico mexicano por la Universidad Nacional Autónoma de México, doctor en urbanismo por la Universidad de París, Sorbona. Es actualmente profesor de la Universidad Autónoma de Querétaro y representante de la Sociedad Mexicana de Autores de las Artes Plásticas en ese estado.